Condenados al silencio – jóvenes excombatientes en Colombia[1]

Anne Rethmann
Estudió antropología social en la Universidad de Munich (LMU) donde obtuvo el título de Maestría en 2009. Actualmente está haciendo un postgrado en cine documental en Barcelona.

Resumen

¿Qué consecuencias tiene el discurso de víctima, que considera a los menores de 18 años en sí como apolíticos e inocentes, para los procesos de reintegración de jóvenes excombatientes colombianos? ¿Con este discurso se puede reconstruir una convivencia social o más bien se favorece una perspectiva reduccionista sobre las causas sociohistóricas del conflicto armado? Además ¿qué consecuencias tiene una política de reintegración que se caracteriza por la individualización de los resoluciones de un conflicto profundamente social? Si únicamente el futuro (laboral) del individuo importa y al mismo tiempo el olvido de su propio pasado como excombatiente se convierten en la precondición de una llamada reintegración, el pasado de estos jóvenes colombianos se demoniza y así su experiencias de vida están estigmatizadas y últimamente condenadas al silencio. Una perspectiva sistémica, que incrusta las acciones individuales en contextos concretos y con eso no se descarta responsabilidad de entrada, parece ser condenada al silencio tal cual como los opiniones de jóvenes excombatientes sobre su pasado. La concepción y la implementación del programa muestra que se trata en primer lugar de un proceso de individualización y así de un proceso de normalización. Por dichas razones sería importante preguntarse si el modelo de protección fuerza más la remarginalización que la reintegración social de estos jóvenes Colombianos. Y en consecuencia hace más parte del problema que de la solución de un conflicto que sí, tiene soluciones.

Palabras Claves
Agency and structure, jóvenes combatientes, Colombia, programas de reintegración, políticas de edad y de olvido, discursos dominantes sobre la niñez

Introducción

> *„Some strangers are not, however, the as-yet-undecided; they are in principle, undecidables. They are the premonition of that 'third element' which should not be. […] They do not question just this one opposition here and now; they question oppositions as such, […]. They unmask the brittle artificiality of division. They destroy the world. They stretch the temporary inconvenience of 'not knowing how to go on' into a terminal paralysis. They must be tabooed, disarmed, suppressed, exiled physically or mentally – or the world may perish."* (Bauman 2004: 58f.)

---

[1] Este artículo se base en el trabajo de campo en Colombia, llevado a cabo entre Agosto 2007 y Agosto 2008. Parte principal era el taller de documental que realicé con 9 jóvenes en una ONG en Bogotá, entre ellos 4 excombatientes de un grupo armado no estatal. El resultado es el documental "Detrás del Fuego". La tesis de Maestría en Antropología Social titulada "Del niño soldado al pequeño comerciante? La problemática del discurso de víctima en el proceso de reintegración de jóvenes excombatientes en Colombia." fue aprobado por la Universidad de Munich (LMU) en Febrero 2009.

Según UNICEF, actualmente 250.000 niños y jóvenes forman parte de grupos armados estatales y no estatales. Hasta ahora la situación se supone ser grave en países como la República Democrática del Congo y Colombia (Coalition to Stop the Use of Child Soldiers 2008). Sin embargo en muchas sociedades la participación de jóvenes en la guerra no es un fenómeno nuevo, sino un hecho histórico. Pero porqué la problematización explícita de los jóvenes en la guerra ha surgido sólo en las últimas dos décadas? Para poder responder la pregunta es indispensable considerar los procesos políticos y macroeconómicos que juegan un papel significativo en la dominación global de un concepto moderno de la niñez y de esta forma posibilita un cambio de percepción y actitud frente a estos jóvenes[2]. En Colombia esta idea de niños y jóvenes como inmaduros y por eso inocentes constituye el punto de salida conceptual del programa de reintegración para excombatientes menores de 18 años. Por consiguiente el programa les considera como víctimas pasivas de estrategias de reclutamiento ilegal y con eso se les diferencia claramente de los desmovilizados adultos. La diferenciación enfocándose rígidamente en la edad forma la base de mi cuestión, porqué este concepto de la niñez y el discurso del niño como víctima dominan hoy en día. Además, ¿qué consecuencias tiene el discurso de víctima en las propias estrategias cotidianas de estos jóvenes en la llamada vida civil? Por medio de la homogénea definición de victima se quiere rescatar su inocencia y subrayar su no responsabilidad, pero ¿no convierte esta misma absolución de responsabilidad a los jóvenes en meros objetos de intervención? ¿Con este discurso se puede reconstruir una convivencia social o más bien se favorece una perspectiva reduccionista sobre las causas sociohistóricas del conflicto armado? Además se debe preguntar si la actual política de reintegración, que se caracteriza únicamente por la individualización de los resoluciones de un conflicto profundamente social, realmente puede ayudar a una reintegración de estos jóvenes colombianos o más bien fuerza su remarginalización. Y en consecuencia formaría más parte del problema que de la solución de un conflicto que, sí, tiene soluciones.

Algunas cifras sobre jóvenes en el conflicto armado en Colombia

En Colombia el conflicto caracterizado oficialmente por el enfrentamiento armado entre el Estado, los grupos guerrilleros (FARC y ELN) y paramilitares tiene una triste tradición de más de 40 años. Pero sus causas son profundamente históricas vinculadas con la alta desigualdad

[2]Se entiende moderno en el sentido de Z. Bauman quien considera "modernity" como un período histórico que ha empezado en Europa de Occidente durante el sigo 17 (Bauman 2004: 4). La idea romántica, que la niñez presentaría una categoría por separada, nace en este contexto histórico en el cual el niño como asalariado se ha vuelto obsoleto (Hendrick 1997: 39).

social, con el mantenimiento de formas de represión y de garantizar la dominación. El hecho, que sólo un 0.005% de la población, es decir 2.428 personas, dominan el 53% del territorio registrado (Leitersitz 2008) mientras casi 4 Mio. Colombianos son desplazados internos, muestra las dimensiones de la injusticia social. Desde 2003 hasta Enero 2010 52.385 personas se desmovilizaron en medio del conflicto (ODDR 2010: 8). La mayoría de ellos se desmovilizó colectivamente en el marco de los diálogos del gobierno de Uribe con las Paramilitares. Unos 19.000, en su gran parte guerrilleros de las FARC, entregaron sus armas individualmente. Según estimaciones del Instituto Colombiano del Bienestar Familiar (ICBF), la Defensoría del Pueblo y Human Rights Watch hay alrededor de 14.000 personas menores de 18 años en las filas de grupos armados (HRW 2003: 5). En general se estima que hay 26.000 personas combatiendo en alguno de los grupos armados no estatales: 16.000 en las FARC, 5.000 en el ELN y 5.000 en grupos paramilitares (CNRR 2007: 5). Considerando la cifra total, se puede concluir que al menos una tercera parte de los combatientes tiene menos de 18 años. Además se debe tener en cuenta que sólo en Bogotá un 51% de los desmovilizados adultos tienen menos de 25 años (Alcaldía 2006). Los jóvenes, que pasaron por el programa de reintegración del ICBF, se vincularon a un grupo armado en 27 de las 32 provincias del país. Eso significa que el reclutamiento prácticamente se extiende por todo el territorio nacional. En el transcurso de 1999 a Agosto 2009, el programa de reintegración para menores de 18 años ha recibido 4.061 jóvenes combatientes, de los cuales un 73% eran chicos y un 27% chicas. Según el estudio de la Defensoría del Pueblo (DP 2006) la edad media en el momento del reclutamiento es de 12.9 años. El 84% de los jóvenes entrevistados se vincularon voluntariamente. El 68.7% se quedaron más de un año en el grupo y el 91.6% participaron directamente en confrontaciones militares. El ICBF constata que un 80% de los jóvenes excombatientes se desmovilizaron voluntariamente y un 20% fueron capturados. El 54.5% formaron parte de las FARC, el 28% de las AUC y el 13.7% del ELN. Cuando ingresaron en el programa, el 66.7% tenían entre 16 y 17 años.

El trato con jóvenes excombatientes en Colombia

Desde 1999 el ICBF dirige el programa de reintegración para jóvenes excombatientes en Colombia llamado oficialmente: *Programa de Atención a Niños, Niñas y Jóvenes Desvinculados de Grupos Armados Organizados al Margen de la Ley*[3]. En el año 2001 las cooperaciones internacionales a través de la Organización Internacional de Migraciones (OIM), USAID y Save

[3] Se entiende por desvinculados, los niños, niñas y adolescentes menores de 18 años que en cualquier condición dejan de ser parte de grupos armados no estatales (Aguirre 2002: 115). Según el discurso de víctima no se puede nombrarles desmovilizados porque eso implica una movilización inicial la cual se niega a los menores de 18 años.

the Children-UK han empezado a intervenir directamente con asesoría y financiación del programa. Apoyado por la legislación internacional el ICBF principalmente se orienta al discurso de la restitución de los derechos y al límite de edad de 18 años. La noción de víctima complementa el discurso y así dispensa a los jóvenes de cualquier responsabilidad. El objetivo del programa se supone ser la preparación para la vida civil. El camino de un niño soldado explotado e indefenso a un ciudadano independiente y al mismo tiempo solidario debe ser logrado a través del programa y sus tres fases (diagnóstico – intervención – consolidación). Organizaciones no gubernamentales (ONGs), contratadas por el ICBF, llevan a cabo las fases. Los hogares transitorios correspondan a la primera fase y son recorridos por todos los jóvenes. La estadía puede durar hasta 45 días. Aquí se decide si el joven sigue con las otras dos fases en el marco sociofamiliar o institucional. En la modalidad institucional, los Centros de Atención Especializada (CAE) constituyen la segunda fase del programa. En estos centros los jóvenes reciben una formación escolar, talleres psicosociales y recreativas durante 12 meses. Finalmente el cambio hacia la Casa Juvenil demarca la tercera etapa del programa. Mientras las primeras dos etapas se caracterizan casi exclusivamente por medidas de protección, aquí se presupone dar prioridad a la participación. Los jóvenes deben aprender vivir independiente y responsable, cumplir con los deberes escolares y laborales. La estadía dura un año a menos que el joven cumple antes sus 18 años.[4] Si el ICBF opta por el camino sociofamiliar, el joven excombatiente vive después del Hogar Transitorio en Hogares Tutores o en Hogares Gestores, es decir con su propia familia[5]. Agentes del ICBF, por lo general trabajadores sociales y psicólogos, acompañan constantemente a las familias. Esta modalidad está previsto ante todo para las jóvenes excombatientes que están embarazadas o que ya tienen un hijo.

Después de haber pasado por el programa del ICBF, los jóvenes siguen ser acompañados por un equipo especializado a través de los Centros de Referencia y Oportunidades Juveniles (CROJs)[6]. Esta cuarta fase, denominada "seguimiento" y introducida por la OIM en 2003, no corresponde a la área de responsabilidad del ICBF. Sin embargo para los jóvenes que ahora viven independiente es obligatorio si quieren seguir recibiendo el apoyo financiero del Estado.

La estructuración del programa muestra que la reintegración es ante todo un asunto individual en tanto que se trata de la transformación del excombatiente. La creación del programa y de los respectivos instrumentos legales han sido incrustados en un contexto en el cual se ha forzado

---

[4] En el momento de mi investigación existían 3 hogares transitorios, 7 CAEs y una casa juvenil. La mitad de los jóvenes se encontraba en el programa institucional.

[5] En su mayoría no es posible por razones de seguridad ya que muchas veces sus familias siguen viviendo en las zonas del conflicto.

[6] En 2008 los CROJs trabajaron en seis ciudades de Colombia.

globalmente la problematización de jóvenes combatientes (Machel Report 1996 y los Cape Town Principles 1997). Sólo institucionalizando el niño como inmaduro y necesitado de protección a través de la Convención Internacional de los Derechos del Niño (CRC 1989) es posible categorizar a los jóvenes excombatientes como víctimas de adultos. Según el antropólogo David Rosen, esta percepción de jóvenes en la guerra no resulta de un fenómeno históricamente nuevo, es decir que menores de 18 años combaten en un grupo armado, sino se basa en una política de edad transnacional "that shapes the concept of "childhood" in international law." (Rosen 2007: 296). Antes del programa no existía en Colombia una legislación específica para estos jóvenes y los jueces aplicaron tanto leyes que trataron la desmovilización en general, como el derecho penal juvenil. Sin embargo la pregunta de si se debe ver ellos como víctimas o victimarios con la consecuente protección o sanción, no es fácil de contestar. Para el Estado este debate es un asunto complejo porque tiene consecuencias sobre la práctica de cómo se debe tratar estos jóvenes, por ejemplo en interrogatorios. Sin embargo la tendencia actual es prescindir de una persecución penal de los jóvenes excombatientes cuando se trata de delitos cometidos durante su vida activa en un grupo armado. El nuevo *Código de la Infancia y la Adolescencia* del año 2006 indica que el menor de 18 años no se habría vinculado voluntariamente, sino a causa de su ignorancia o de coerción. La creciente aceptación también por parte del Gobierno y de los militares de considerar estos jóvenes ante todo como víctimas de la guerra, es producto de una situación política actual que después de la desmovilización masiva de las AUC ya no es capaz de reconocer grupos paramilitares. Por lo tanto la problematización de niños y jóvenes en el conflicto armado se convierte en una herramienta ideal para deslegitimizar la Guerrilla.

Procesos de reintegración como procesos de normalización

La noción de reintegración implica una previa integración. Debido a ello se surge la pregunta de qué se entiende por reintegración, y quién y qué decide si una persona es socialmente integrada o no? ¿En qué tipo de sociedad el excombatiente debe insertarse, y cuáles son los requisitos para poder adquirir el estatus civil? Una mirada sobre los procesos de reintegración en Colombia antes y después de la creación del programa específico para jóvenes excombatientes hace visible su incrustación en procesos generales de la resolución del conflicto. Desde los comienzos de los noventa, estos procesos han cambiado profundamente hacia una creciente economización, la cual

por otra parte está relacionada con métodos de resolución altamente individualizados.[7] Especialmente con el gobierno de Uribe se ha forzado esta tendencia: la contención de grupos armados ya no debe ser lograda con concesiones de amnistía y participación política, sino con complejas estrategias de intervención social y sobre todo económica que se dirige directamente al excombatiente mismo. A través de estos procedimientos, el excombatiente se encuentra bajo el control del Estado por muchos años. Esta burocratización y economización constante de los procesos de reintegración limita su política al aspecto de cómo el Estado puede competir con los grupos armados para que el combatiente se motive a dejar las armas. Con ello se implica que las causas del conflicto no se buscan en el orden social, sino en el individuo mismo. La concepción del programa de reintegración reduce el problema social de la violencia en Colombia a una patología del combatiente. Esta patologización de la violencia y su localización en el cuerpo del individuo legitimizan la intervención estatal bajo la forma de sus procesos de reintegración despolitizados y tecnócratas. El Estado como instancia de protector adopta una actitud que se parece a una relación autoritaria entre padres y niños. Entonces disciplina a los excombatientes de manera que organizan sus vidas, su dinero, su expectativas para el futuro y sus comportamientos según la norma preestablecida (Cárdenas 2005: 39). El programa de reintegración se basa en un discurso sobre una normalidad la cual se concentra ante todo en una utilización económica del individuo. Los jóvenes excombatientes están integrados en este ciclo mediante los CROJs. Su objetivo general es complementar las capacidades de los jóvenes, prepararles para su reintegración por medio del trabajo o el autoempleo y garantizarles el acceso al sistema de salud, educación y recreación (IOM 2006: 70). A través de sus medidas de seguimiento y consulta, los CROJs deben controlar y observar a los jóvenes que han salido del programa del ICBF para evitar primordialmente la revinculación a un grupo armado. A pesar de la retórica que se dirige exclusivamente a los jóvenes, la única diferencia con el programa de los adultos es el uso de diferentes designaciones: la orientación y el fin son idénticos. Así igualmente el apoyo financiero sólo se da si el joven cumple con los requisitos del CROJ. Finalmente el enfoque es en el individuo transformable y en un Estado que es capaz de generarlo. Según Hannah Arendt la forma más extrema de poder es „All against One.“ (Arendt 2004: 238). Ante esta razón, la imposición de la idea de que el problema del conflicto se encuentra en la esencia del individuo y no en la estructuración social, se puede entender como expresión de poder. Los discursos coloreados sobre una reintegración social y la esperanza de un

[7] La individualización de resoluciones del conflicto significa que se intenta solucionar problemas sociales a través de una transformación del individuo porque se asume que el problema real no se debe al orden social, sino al individuo mismo, es decir al combatiente.

vida mejor en paz no hacen desaparecer que la violencia sigue siendo mecanismo de ordenamiento, ya que es inseparable del orden social. Las causas estructurales del conflicto están ocultadas declarando al combatiente como el verdadero problema. Los procesos de normalización institucionalizados por el programa de reintegración son entonces una forma específica de mantener el statu quo, de garantizar la dominación. Además con respecto a los jóvenes excombatientes, la dominación del discurso de víctima conlleva consecuencias serias en la vida cotidiana (Castro 2007: 158). Por medio de la homogénea definición de victima se quiere subrayar su no responsabilidad, pero esta misma absolución de responsabilidad convierte a los jóvenes en meros objetos de intervención. En el marco de la victimización, las causas de su vinculación a un grupo armado están reducidas a su posición marginal. Refiriéndose a su carácter vulnerable que por naturaleza existiría, se niega una vinculación voluntaria, que por otro lado se presupone en los mayores de 18 años con las mismas condiciones de vida. Esta perspectiva ignora las dinámicas del conflicto y el papel que juegan los jóvenes en este proceso. Con eso no quiero decir que se puede dejar de lado determinantes externas como pobreza y extrema desigualdad – todo lo contrario: son una parte constante y integrante en la vida de muchos Colombianos. Pero la decisión de vincularse a un grupo armado no depende únicamente de eso. Sólo la conjunción de pobreza y desigualdad, la vida en zonas de guerra, factores individuales y la estructuración de relaciones sociales crean en el joven el deseo de preferir la vida armada. En consecuencia se trata más de la cuestión del orden social, que genera estas condiciones indignas y que por otra parte tiene que ser visto dentro de dinámicas globales, macroeconómicas y políticas. A la pregunta de cómo podemos tratar el hecho de que jóvenes vean posibilidades reales en la vida armada; o que jóvenes, que fueron obligados a vincularse, desarrollan después un entusiasmo por la guerra, se da siempre la misma respuesta: Ignorancia, inmadurez y coerción externa. Siguiendo la cita de entrada de Zygmunt Bauman, casi se puede sospechar que el discurso de víctima en sí mismo es un producto del miedo – un miedo de reconocer la realidad con toda su dureza y contradicciones, y por eso es más fácil ver a estos jóvenes combatientes como niños con necesidades de protección y cuidado. Algo diferente a eso tendría que acabar inevitablemente en una crítica profunda de las relaciones sociales, la cual es de evitar. La consecuencia es que se individualiza el pasado de estos jóvenes colombianos y por ahí se lo demoniza. Su experiencias de vida están estigmatizadas y finalmente condenadas al silencio[8]. La antropóloga Kimberly Theidon considera el modelo de protección como un

[8]Individualizado en un sentido indirecto. Responsabilidad se fija en el adulto que está acusado de haber reclutado ilegalmente el joven. Así el joven combatiente parece ser una persona muy fácil de manipular.

mecanismo que fuerza más la remarginalización que la reintegración de los excombatientes:

> *„The shelter model reproduces their marginality without thinking of how best to assist these former combatants and the communities that receive them in developing a coexistence not subject to mutual fear tainted by the impunity that until now has characterized the process of "reconciliation" as dictated by the state.“*
>
> (Theidon 2006: 24)

Pero por parte del programa la estigmatización se considera como un efecto secundario casi natural e invariable, y no como un producto de prácticas sociales de ignorancia que el mismo programa produce. Entonces ignorando las causas estructurales del conflicto, sólo se puede percibir las acciones de los jóvenes combatientes en un esquema de víctima y explotación. Ante una sociedad altamente polarizada y caracterizada por un pensamiento de amigo-enemigo, las percepciones de los jóvenes excombatientes son las que cuestionan las perspectivas reduccionistas y estereotipadas sobre la realidad, es decir, ponen la versión oficial de la historia en duda. Por eso tienen un significado político.

El pasado presente: la imposibilidad de olvidar

Se ha manifestado que la manera en que vemos realidades sociales no es simplemente un asunto de discursos teóricos, sino que tiene impactos perceptibles en la convivencia y en las presentes prácticas sociales de los jóvenes excombatientes. Para evitar una perspectiva reduccionista sobre la realidad, la inclusión de las percepciones de los mismos jóvenes sobre su pasado en el grupo armado es indispensable. En el contexto de mi proyecto de investigación con jóvenes excombatientes[9], sus retrospectivas de momentos cruciales de su vida han sido de interés: la vinculación a, la vida en y la dejación de un grupo armado. Estos momentos no me han interesado únicamente porque son los ejes principales en el discurso de víctima, sino también por su impacto en el presente, es decir como los jóvenes perciben y manejan su vida no armada y sus procesos de reintegración. Con ello se evidencia que no se trata en absoluto de niños inmaduros y pasivos, sino de jóvenes que tenían que tomar decisiones esenciales para la supervivencia de ellos mismos y del resto de su grupo armado. A más tardar en estos momentos lo dejaron su niñez. Además sus experiencias de la guerra no acaban en dejando las armas, sino que les acompañan permanente en la vida civil. La opinión popular, que sugiere una vida sin problemas afuera de la guerra, ignora drásticamente las nuevas coerciones de sus acciones cotidianas que no sólo son limitadas económicamente, sino también siguen caracterizadas por identidades clandestinas. En general, su socialización en la vida civil está marcada por miedo y

[9]Rosa (ELN), Carlos (FARC), Mario (AUC) y Ernesto (FARC y ACC) con otros 5 compañeros de su formación de cocineros formaron parte del taller de documental. Por razones de seguridad he cambiado sus nombres.

desconfianza: Desconfianza frente otros excombatientes y personas desconocidas por siendo posibles infiltrados; y miedo a ser rechazados por su pasado. Por cierto, el tiempo durante su estadía en el programa del ICBF presenta un cambio radical de la llamada vida ilegal hacia la vida legal, pero los jóvenes no lo consideran tan problemático. Ellos perciben que su vida es más complicada después del programa. La vida de libertad y derechos, que es sugerido por el ICBF, no existe en la vida real para la mayoría de ellos. Cuando salen del programa con sus ventajas de protección y cuidado, tienen que preocuparse por sí mismos o como Carlos lo explica: "*Cuando uno sale a como se llaman a un hogar independiente, uno va a tener la mayor o mejor dicho toda la libertad que uno quiera. Cuando uno se va a un lugar independiente, chao todo el mundo*." Después de que el programa termine, es decir el día que cumplen los 18 años, ellos dejan atrás la área de protección. La gran parte de ellos no pueden volver a la casa de sus familias que siguen viviendo en las zonas de conflicto o si se van, sólo lo pueden hacerlo clandestinamente: "*En el caso mío, en cuanto a la seguridad mía y de mi familia…por lo menos yo, a mi casa no voy.*" (Carlos). En el caso de Mario la situación es similar: "*Yo he ido en pocas ocasiones, llego de noche salgo de noche y los únicos que se enteran de mi visita son ellos. […]Ellos pues digamos no han tenido problema con la gente pero no es que la gente lleva una amistad muy buena con mi familia por lo que yo hice también*." Con eso se manifiesta no sólo su situación de seguridad delicada, sino también las deficiencias del rígido discurso de víctima cuando se trata relaciones sociales. Además muchos de los jóvenes excombatientes tienen problemas de cumplir con el ideal cívico de tener una rutina cotidiana, de tener que planear permanente su vida que por otro lado está determinado por reglas de tiempo y de utilización: "*Antes no tenía que explicar siempre mis planes para el futuro. Pensaba en que tenía que hacer para el grupo y era importante sobrevivir el próximo día. Ahora siempre tengo que pensar en cómo puedo conseguir plata para el arriendo, para la comida y qué quiero hacer en el futuro*" (Carlos). Ernesto considera en estos coerciones, especialmente cuando no encuentran trabajo, razones para una revinculación de excombatientes a un grupo armado: "*Muy duro, uno aquí le dan 350, 400 mil pesos* (120 Euros). *Pues creo que se está uniendo con el problema que siempre hay, que la gente se está yendo pá los grupos. Yo creo que la gente se devuelve porque ya está acostumbrado a un modo de vida, sí? Viven aya y acá en la ciudad, no encuentran trabajo, solo con la ayuda del gobierno. Eso es aburridor, porque uno también se aburre sin hacer nada.*" La vida actual no es tan libre de problemas y coerciones sólo porque ahora la hoja de vida tiene algunos certificados oficiales de formación y educación. La mayoría de los excombatientes tienen más de tres formaciones laborales y además un proyecto productivo que en gran parte fracasa después de un corto tiempo. "*Para ellos, lo más importante es que uno se capacite y*

aprenda cosas. Entonces uno termina algo y si el mismo día quiere empezar otro, el mismo día le están ayudando para que uno siga." (Mario). Carlos afirma esta política diciendo que el miedo más grande por parte del Estado es que los desmovilizados se revinculan. Por eso quiere que el excombatiente está ocupado permanente con talleres y formaciones. "*Una vez desarmado, el problema está solucionado.*" Por lo tanto es importante preguntarse como ellos mismos ven su pasado aunque parece que no tiene ningún valor en la vida no armada. Con respecto a eso, Rosa dice: "*Es muy chévere, porque aya manejan como la parte de la igualdad. Aya las mujeres tienen los mismos cargos como los hombres. Nadie es más que nadie. Nadie insulta a nadie. Entonces no existe el odio y estas cosas entre ellos. Entonces eso me parece muy bonito. Y de aya todo no es malo. Yo creo que aprendí muchas cosas, que hoy en día tengo 22 años pero hablo como una persona de tal vez de 44. Porque tengo experiencia, he sabido lo que es aguantar hambre, lo que es sufrir, he sabido que es estar lejos de la familia, he sabido que es ver morir gente a lado de uno cuando uno aprende a quererlos como su propia familia. Y no, es harto sufrimiento, pero de los golpes que le da la vida a uno, uno aprende.*"

Cuando Neyla, una compañera de estudios, dijo que le parece injusto que el Estado les paga ahora por haber matado, Carlos le respondió que les merecieron el apoyo estatal por el hecho de haber combatiendo muchos años y al final haber dejado las armas. Con eso se evidencia que se cuestiona el discurso de víctima no sólo por parte de no combatientes, sino también por ellos mismos subrayando el valor social de su participación en la guerra y de su dejación de armas. Uno de los problemas centrales de los procesos de reintegración es que los planes para el futuro, que se han construido en el mundo ideal del ICBF, en gran parte no se pueden poner en práctica. Por este motivo no es sorprendente la reacción de uno de ellos diciendo: "*Cuando la situación sigue así, voy a volver a las filas*." No significa literalmente que todos los excombatientes se revinculan en el momento en que se acaba el apoyo financiero, pero con eso se subraya las circunstancias complicadas después de haber salido del programa. Los propios (re-)valoraciones de sus experiencias en el conflicto armado visualizan el tambaleo constante entre olvido forzado y autoreconocimiento de su pasado. Además se demuestra como sus diferentes percepciones del mundo influyen la manera como internalizan el discurso de víctima y de patología. Especialmente Mario, que hizo parte de los paramilitares (AUC), considera el actitud paternalista del Estado como primordial para establecer orden en la sociedad. Los otros tres, excombatientes de las Guerrillas, ven el programa mucho más crítico[10]. Pero en una sociedad polarizada como la

[10] En las Guerrillas el objetivo de un cambio social es todavía predominante y genera identidad dentro del grupo. Al contrario los paramilitares nunca han tenido un discurso opositor frente al Estado. Esta diferencia tiene una gran influencia en la manera de cómo los excombatientes perciben el Estado hoy en día.

de Colombia, se equipara cada crítica al gobierno y al orden social a la subversión. Por eso se requiere de los jóvenes ex Guerrilleros en particular (ellos son la mayoría en el programa de reintegración) un retiro a la vida privada. Finalmente, con un modelo de reintegración despolitizada que se base ante todo en el olvido – tanto del pasado individual de combatiente como de los causas sociales, estructurales del conflicto – no se puede reconstruir una convivencia justa, sino todo el contrario llevando a una nueva marginalización de estos jóvenes.

Conclusión: Clandestinidad como estado permanente

„Now, says Hegel, all discourse that remains discourse ends in boring man."
(Kojève, A. 1969 zit. n. Taussig 1992: 141)

Para poder entender estrategias de acción de jóvenes excombatientes, es indispensable preguntar cómo el dominante discurso de víctima repercute en su vida actual. Con ello se manifiesta el tipo de reintegración deseado por parte del Estado colombiano y el significado central de la categoría "niños soldados" en el ámbito de lo político. Este discurso usa un concepto esencialista de la niñez que radica en un contexto sociohistórico concreto (Europa Occidental durante la Industrialización). Este modelo, entretanto institucionalizado a nivel mundial a través de la CRC, equivale a una idealización calificando a todas las personas menores de 18 años de niños y por eso considerándoles inmaduros, inocentes y necesitados de protección. Pero con esto se evita analizar e incluir contextos en los cuales una implementación de este ideal no es posible materialmente. En consecuencia, la persistencia en una definición sobre niñez enfocada estrictamente en la edad permanece en la misma vieja tradición paternalista de países llamados occidentales frente el resto del mundo. Y en conclusión no es nada más que un chauvinismo cultural (Burman 1994: 121). Aunque el apoyo económico internacional está vinculada rotundamente a la aceptación del concepto moderno de la niñez, el discurso de víctima no ha sido asumido pasivamente por el Estado colombiano. Más bien su creciente aceptación tiene que ver con cambios políticos en los escenarios del conflicto armado. Debido a esto se han abierto caminos hacia una institucionalización de estrategias altamente estandardizadas para la resolución de conflictos. Todos estos discursos y sus estrategias de intervención dejan a lado por una parte los experiencias de los jóvenes excombatientes y por otra parte la percepción de la gente que tiene que reconstruir una convivencia con ellos. Para muchas victimas del conflicto armado, que han perdido una persona cercana o/y su tierra, una absolución de responsabilidad de los hechos cometidos por los jóvenes no es aceptable. Me sumo a Utas que no piensa Agency en categorías de poseer y no poseer, sino: „it is something you maintain in relation to a social field inhabited with other social actors. Agency is thus highly dependent on specific social situations."

(Utas 2005: 407). La pregunta de culpa y así de responsabilidad tiene que basarse en contextos sociales para evitar una instrumentalización de conceptos de niñez. Eso requiere mucho más que los presentes procedimientos tecnócratas e individual-psicológicos. Susan Shepler observó en Sierra Leone que „by accepting the Western model of youth, Sierra Leonean youth gain something – ease of reintegration and forgiveness – but they lose something as well, namely a kind of political agency that is absent from Western youth“ (Shepler 2005: 206). ¿Pero eso significa entonces que los procesos de reintegración ocurren idénticamente en Colombia? ¿La absolución de responsabilidad realmente puede ayudar a una reintegración de estos jóvenes Colombianos? Si el actual modelo de reintegración fuerza indirectamente a los jóvenes de olvidar su pasado en el grupo armado y así de negar una parte de su identidad, el programa mismo no posibilita una reintegración social. En vez de eso la problemática de la estigmatización de los excombatientes no sólo se ignora, sino está reproducido permanente por su propio política de la individualización de problemas sociales. Sin incluir la capacidad de acción de los jóvenes combatientes, no es posible entender las dinámicas del conflicto colombiano y así tampoco sus motivaciones que en cambio pueden revelar aspectos cruciales de las causas estructurales del conflicto, es decir del orden social. En vez de eso, los jóvenes aprenden a distinguir contextos en los cuales es útil o no, peligroso o no, mostrar su identidad como *desvinculado*. En las entrevistas se evidenció que la acentuación de la identidad como *desvinculados*, delimitados de los adultos *desmovilizados*, resulta útil cuando se trata de asuntos de responsabilidad legal y beneficios estatales. Pero si se trata de relaciones sociales fuera del programa, ellos están forzados igualmente como los excombatientes adultos de esconder esta identidad suya. Reintegración tanto con respecto a lo social como a lo económico se ha transformada en una noción vacía que no dice mucho sobre realidades sociales. Cuando Taussig preguntó: „After all what does it mean to have a society at (undeclared) war with itself?“, la respuesta era: „In Colombia [...] You can't trust anyone.“ (Taussig 1992: 21). Desconfianza y miedo son estados crónicas que no sólo captan a los excombatientes, sino a la sociedad colombiana entera. ¿Cómo se puede lograr una reintegración que tiene que ocurrir clandestinamente debido al miedo y la desconfianza cuando este miedo y esta desconfianza no es resultado de una paranoia individual, sino social que en parte está reproducido por el programa mismo? Nos debe preocupar menos la participación de jóvenes en la guerra, sino más las condiciones sociales que dejan la vinculación para muchos jóvenes como una de los pocas posibilidades de interacción social para redefinir sus anteriores posiciones marginalizadas. Estas condiciones sociales por otra parte son producto del orden social que se basa ante todo en explotación, represión y desigualdad extrema a tal fin de garantizar la dominación de un grupo de población pequeño y privilegiado. El programa de

reintegración tal vez puede mostrar una y otra historia exitosa – según la comprensión oficial de reintegración – pero para la mayoría una remarginalización es la realidad. En este contexto la deconstrucción del discurso de victima no sólo es necesario por razones epistemológicas, sino sobre todo por razones éticas poniendo en duda la interpretación simplista sobre la realidad y sus prácticas de intervención. Trabajos académicos que tratan la pregunta cómo discursos globales influyen en las prácticas locales todavía sufren una existencia de sombra en la producción de conocimiento. Sin embargo son indispensables (Stephens 1995: 13f.). He intentado hacer visible como nuevos coerciones para los excombatientes, y así para una convivencia, emanan de estos discursos, conceptos dominantes que circulan globalmente. Por eso no sólo es necesario preguntar a los jóvenes excombatientes qué ideas sobre justicia y reparación tienen, sino también a los victimas de ellos. Esta pregunta es esencial y necesita ser parte de la reintegración porque inmunidad general para cada persona menor de 18 años tal vez puede satisfacer a los donadores internacionales, pero „it clearly falls short of achieving justice for the vicitims of war.“ (Rosen 2005: 158). Una aclaración sobre esta problemática es la condición fundamental para una posible reconstrucción de convivencia. Al fin, se puede seguir con estos discursos, contra-discursos, debates intelectuales sobre la construcción y deconstrucción, pero si no ocurre un verdadero cambio en las relaciones sociales a nivel mundial, jóvenes marginalizados siguen vinculándose a grupos armados.

Bibliografía

Aguirre, Julián. 2002. *Niñez y juventud en el conflicto armado interno en Colombia*. In: Bello, M./Ceballos, S. *Conflicto Armado, Niñez y Juventud*: pp. 100-124. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Alcaldía Bogotá. 2006. *Ciudadanos Excombatientes: Un desafío de reconciliación e inculsión para Bogotá.*

Arendt, Hannah. 2004. *From on Violence*. In: Scheper-Hughes, N./Bourgois,P. (eds). *Violence in War and Peace. An Anthology*: pp. 236-243. Oxford: Blackwell.

Bauman, Zygmunt. 2004 (5th edition). *Modernity and Ambivalence*. Oxford: Blackwell.

Burman, E. 1994. *Innocents abroad: Western fantasies of childhood and the iconography of emergencies.* In: Disasters Vol. 18, pp. 238–253.

Cape Town Principles and Best Practices (1997)
Adopted at the Symposium on the Prevention of Recruitment of Children into the Armed Forces and Demobilization and Social Reintegration of Child Soldiers in Africa, organised by UNICEF. Electronic Document:
<http://www.unicef.org/emerg/files/Cape_Town_Principles(1).pdf> [18.08.2008]

Cárdenas, José Armando. 2005. *Los Parias de la Guerra. Análisis del proceso de desmovilización individual*. Bogotá: Ediciones Aurora.

Castro, María Clemencia. 2007. *El asunto de la guerra, cuando se trata de los más jóvenes.* In: Durán, E./Torrado, M. *Derechos de los niños y las niñas. Debates, realidades y perspectives*: pp. 155-175. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

CNRR. 2007. *Disidentes, rearmados y emergentes: ¿bandas criminales o tercera generación paramilitar?* Informe No. 1. Área de Desmovilización, Desarme y Reintegración. Colombia: Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR).

Coalition to Stop the Use of Child Soldiers. 2008. Weltreport Kindersoldaten 2008.

Defensoría del Pueblo/UNICEF. 2006. *Characterization of the children and adolescents demobilized from the illegal armed groups: Social and productive insertion from a human rights perspective.* Boletín No. 9. Bogotá.

Hendrick, Harry. 1997. *Constructions and Reconstructions of British Childhood: An Interpretative Survey, 1800 to the Present.* In: James, Allison/Prout, Alan (eds). *Constructing and Reconstructing Childhood*: pp. 34-62. London: Falmer Press.

HRW (Human Rights Watch). 2003. *You'll Learn Not to Cry: Child Combatants in Colombia*. New York.

IOM (International Organisation for Migration). 2006. *Memorias 2005 Colombia*. Bogotá: Offset Gráfico Editores.

Leitersitz, Ralf. 2008. *Das Ende des Bürgerkriegs? Kolumbien unter Präsident Uribe.* Politik, Gesellschaft & und Politikwissenschaft. Electronic Document: <http://www.e-politik.de/lesen/artikel/2008/das-ende-des-burgerkrieges-kolumbien-unter-prasident-uribe/ > [05.09.2008]

Machel, Graça. 1996. *Impact of armed conflict on children*. New York: United Nations.

ODDR (Observatorio de Procesos de Desarme, Desmovilización y Reintegración). 2010. *Procesos de Desarme, Desmovilización y Reintegración: Buenas prácticas y retos.* Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Rosen, David M. 2005. *Armies of the Young: Child Soldiers in war and terrorism*. New Jersey: Rutgers University Press.

Rosen, David M. 2007. *Child soldiers, International Humanitarian Law, and the Globalization of Childhood.* In: American Anthropologist Vol. 109 (2): pp. 296-306. University of California Press.

Stephens, Sharon. 1995. *Introduction: Children and the Politics of Culture in "Late Capitalism."* In: Stephens, Sharon. *Children and the Politics of Culture*: pp. 3-48. Princeton: Princeton Univ. Press.

Shepler, Susan. 2005. *The Rites of the Child: Global Discourses of Youth and Reintegrating Child Soldiers in Sierra Leone.* In: Journal of Human Rights Vol. 4: pp. 197–211.

Taussig, Michael. 1992. *The Nervous System*. New York: Routledge.

Theidon, Kimberly. 2006 (November*). Transitional subject? Paramilitary demobilization in Colombia.* Anthropology News: pp. 23-24. Public Affairs.

Utas, Mats. 2005. *Victimcy, Girlfriending, Soldiering: Tactic Agency in a Young Woman's Social Navigation of the Liberian War Zone.* In: Anthropological Quarterly. Vol. 78 (2), pp. 403-430.